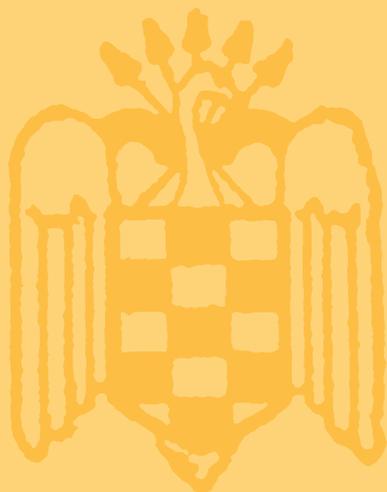




LUIS FERNÁNDEZ CIFUENTES

# 1955

## Inventario y examen de disidencias



PRENSAS DE LA UNIVERSIDAD DE ZARAGOZA

1955

1955

Inventario y examen de disidencias

*Luis Fernández Cifuentes*

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

© Luis Fernández Cifuentes

© De la presente edición, Prensas de la Universidad de Zaragoza  
(Vicerrectorado de Cultura y Proyección Social)  
1.ª edición, 2023

Ilustración de la cubierta: Fotograma de *Muerte de un ciclista* (J. A. Bardem, 1955). La secuencia donde aparece este fotograma fue cortada por la censura. Imagen facilitada por Filmoteca Española.

Una versión más corta del capítulo iv se publicó en inglés con el título «Notions of Empire: Transatlantic Art at the Height of the Cold War», en Cecilia Enjuto-Rangel *et al.* (eds.), *Transatlantic Studies: Latin America, Iberia and Africa*, Liverpool, Liverpool University Press, 2019, pp. 277-298.

Colección Humanidades, n.º 183

Director de la colección: Juan Carlos Ara Torralba

Prensas de la Universidad de Zaragoza. Edificio de Ciencias Geológicas, c/ Pedro Cerbuna, 12  
50009 Zaragoza, España. Tel.: 976 761 330  
[puz@unizar.es](mailto:puz@unizar.es)      <http://puz.unizar.es>

La colección Humanidades de Prensas de la Universidad de Zaragoza está acreditada con el sello de calidad en ediciones académicas CEA-APQ, promovido por la Unión de Editoriales Universitarias Españolas y avalado por la Agencia Nacional de Evaluación de la Calidad y Acreditación (ANECA) y la Fundación Española para la Ciencia y la Tecnología (FECYT).

ISBN 978-84-1340-514-8

## INTRODUCCIÓN

En su prefacio a *España, vanguardia artística y realidad social: 1936-1976*, Ludolfo Paramio recuerda aquel momento de la posguerra en que comenzaron a ser posibles y eficaces, en algún grado, nuevas formas de disidencia o de resistencia frente al Régimen de Franco: «En suma, podemos decir que los años 1951-1955 suponen el despertar de las fuerzas que, barridas por la guerra civil, van a reasumir ahora su papel de máximos antagonistas del franquismo: el movimiento obrero, los intelectuales y estudiantes, los movimientos nacionalistas» (en Bozal *et al.*, 9). El objeto de este libro es examinar una de esas «fuerzas», la de «los intelectuales y estudiantes», las formas de disidencia que la caracterizaron y las circunstancias que le sirvieron de apoyo o le crearon dificultades.

Los acontecimientos que jalonaron el progreso de esa incontenible disidencia desde julio de 1951 hasta febrero de 1956 son bien conocidos: han sido expuestos con solvencia y gran detalle por periodistas como Pablo Lizcano, por historiadores de la filosofía como José Luis Abellán, por memorialistas como Pedro Laín Entralgo y Fernando Sánchez Dragó, por historiadores de la España contemporánea como Gonzalo Redondo, Jordi Gracia o Manuel Aznar Soler. En esta introducción me limitaré a resumir los hechos con brevedad y desde un punto de vista concreto: la plenitud o la madurez que esa disidencia alcanzó hacia 1955; es decir, en un momento histórico que comienza con los últimos meses del 54 y termina de forma un tanto abrupta en febrero del 56: «Sin el 54 y el 55 no puede entenderse el 56» (Diamante, en López Pina, 217). Los siete capítulos que siguen a

esta introducción se ocuparán ya menos de los acontecimientos en sí que de su sentido y sus coordenadas: las circunstancias y tendencias políticas, económicas, culturales que, a lo largo de unos diecisiete meses, unas veces los facilitaron y otras los estorbaron.

Hacia 1955 —el año de «lo que pudo haber sido y no fue» (Basilio M. Patino, en García Escudero *et al.*, 57)— se consumó un cambio radical en la condición de la «juventud», sobre todo la juventud universitaria (tema del capítulo 1). La cultura de aquellos jóvenes universitarios en casi todas sus manifestaciones, en el pensamiento, el cine, la literatura y las bellas artes, ofrecía señales o síntomas indudables de su renuncia a los ideales del Movimiento, su desvinculación de un pasado inmediato bélico y triunfalista, su apertura a las nuevas corrientes internacionales (artísticas, políticas, filosóficas) y su general voluntad de cambio. El Régimen, a su vez, trató de calibrar y contener esa disidencia, aunque lo hizo (por lo menos hasta comienzos del 56) de forma más bien distraída, protocolaria e ineficaz, como si se tratara de un mero alboroto insignificante o pasajero.

La evidencia más prolija y palpitante de estos fenómenos —es decir, de la creciente disidencia de universitarios e intelectuales y de las inoperantes reacciones del Régimen— se encuentra en la prensa y las revistas del momento. Se ha repetido como sentencia incontrovertible que toda la prensa de aquellos años era engañosa, sesgada e indiferenciable, siempre atenazada por una censura compulsiva y atrabiliaria. No es del todo cierto. He comprobado que, más a menudo de lo que se supone, lo escrito representaba el punto de vista del escritor, unas veces de forma transparente, otras disimulado entre líneas, y que con frecuencia se escamoteaba la censura. En cualquier caso, el testimonio de la prensa es siempre significativo, incluso (o sobre todo) por sus debilidades. Aquella prensa puede resultar ahora algo reiterativa y pesada, pero existían tendencias y matices que diferenciaban a unos periódicos de otros. El conjunto permite contemplar los acontecimientos y las reacciones a los acontecimientos en toda su inmediatez y pluralidad. El fundamento de la historia que reconstruyo en este libro será, pues —junto a los libros de historia, memorias, colecciones de cartas, etc., que se registran en el listado de «Obras citadas»—, las noticias, editoriales, reportajes, artículos, obituarios y reseñas aparecidos en más de ochenta revistas y periódicos que circulaban aquellos días por España.

Antes de 1951, sobre todo desde 1948, hubo en España algunas señales aisladas de apertura y cambio (o de intentos de apertura y cambio). Ya desde mayo de 1946 TWA volaba con cierta regularidad de Nueva York a Madrid y Pan Am lo haría desde 1948 a Barcelona. En enero de 1948 se abrió en la 5.<sup>a</sup> Avenida una oficina española de turismo (Rosendorf, 16 y 23). En 1948 comienzan también los acuerdos comerciales con Francia e Inglaterra y en 1949 el Chase National Bank de los Estados Unidos concede a Franco un préstamo inicial de 25 millones de dólares. Entre los años 1945 y 1950 se produjeron intentos esporádicos de restauración de la FUE [Federación Universitaria Escolar], que había florecido durante la Segunda República (Alberto Carrillo-Linares, en Del Arco Blanco y Hernández, 322). Ninguno tuvo éxito, pero por esas fechas el grupo de amigos que se reunía en torno a Alberto Oliart y Carlos Barral en la Facultad de Derecho de Barcelona se había declarado ya en «permanente rebeldía contra el Régimen social y político en el que vivíamos», si bien «no hacíamos exhibición de nuestras ideas» (Oliart, 250-251). En el verano del 50 el P. José María de Llanos, SJ, todavía falangista, reúne a obreros y estudiantes en un primer campo de trabajo, en las minas de oro de Rodalquilar. Fue la semilla de lo que sería el Servicio Universitario del Trabajo, de enorme impacto en la conciencia social y la disidencia de los universitarios. El 4 de noviembre de 1950, la ONU revoca la retirada de embajadores que había decretado cuatro años antes (12-XII-46): hacia 1955 había ya en España cincuenta y cuatro representaciones diplomáticas.

Existe, sin embargo, un sólido consenso sobre 1951 como año inaugural de nuevos tiempos: «la posguerra acabó en 1951, tras la huelga de usuarios de tranvías en Barcelona y el cambio de ministros en julio» (Gubern, 127). La huelga se inició el 1 de marzo y la provocó una subida de 20 céntimos en el precio de los billetes. No fue solo un alboroto callejero con tranvías apedreados o incendiados; se interpretó más bien como un desafío sin precedentes a la política económica y social del Régimen: «todos sabíamos que la carestía de la vida, junto con la insuficiencia de los sueldos, era la causa verdadera de aquel fenómeno social» y que «la protesta no era solo de las clases populares» (Oliart, 310). En abril, otra huelga menos sonada en los astilleros, minas y metalúrgicas del País Vasco contribuyó al desafío. En 1951 comenzó también un crecimiento económico rápido y relativamente fuerte, aunque España fuera todavía el país de Europa que menos carne comía. Y el 16 de julio se iniciaron las conversaciones preliminares

sobre las bases americanas. Aquel año España recibió de los Estados Unidos un crédito de 62 millones y medio de dólares (Matthews, 55-57 y 106).

El acontecimiento más decisivo del año 1951 (al menos para las disidencias de universitarios) tuvo lugar también en julio. Joaquín Ruiz-Giménez, de 38 años, católico militante, catedrático de Derecho, falangista presuntamente «liberal» (el adjetivo es de Ridruejo [*Escrito*, 170]),<sup>1</sup> embajador en la Santa Sede y promotor del Concordato que se firmaría en 1953, fue nombrado ministro de Educación. Ocurrió un poco por casualidad: Fernando María Castiella, que era el primer candidato para el cargo, propuso que Ruiz-Giménez ocupara el ministerio y que a él lo enviaran en su lugar a la Embajada del Vaticano.

El nuevo ministro de Educación no tenía más competencias que eso, la «educación» de una juventud por la que Franco no mostraba excesivo interés. A pesar de esas limitaciones (o quizá gracias a ellas), en los cinco años siguientes «en la universidad se ve, como en ningún otro campo, la política de apertura cultural de Ruiz-Giménez» (Gracia y Ruiz Carnicer, 218). Al mismo tiempo, y como una forma de compensación o de equilibrio entre apertura y autarquía, Franco nombró ministro de Información y Turismo a Gabriel Arias-Salgado —de 47 años, uno de sus colaboradores más sumisos e inquebrantables, falangista, católico integrista, doctor (de antes de la guerra) en filosofía y teología— y le concedió un poder omnímodo sobre la prensa y la censura, que Franco y Carrero Blanco querían vigilar de cerca.

El ministro Ruiz-Giménez tuvo de inmediato tres gestos de inaudito atrevimiento para los tiempos que corrían (el humor popular había colgado al ministro el mote de *Sor Intrépida*). Los tres gestos definieron de una vez el talante de su gestión ministerial. El primero, más teórico, se encuentra en su discurso de toma de posesión del cargo: «No renunciamos al legado que representa auténticamente, fuera ya de todo artificioso comentario, Marcelino Menéndez Pelayo, pero tampoco renunciamos a todo lo que de valioso y auténtico hay en el pensamiento de Miguel de Unamuno

---

1 Torrente Ballester explica: «Parece contradictorio hablar de falangismo liberal, pero en la realidad no lo era» (citado en Alonso de los Ríos, 156).

o de José Ortega y Gasset. España está necesitada de integración, de todo lo que sea valioso, intelectual o afectivamente, en la vida nacional» (citado por García Escudero, *Los españoles*, 250).<sup>2</sup> El segundo, más práctico, fue el nombramiento de dos intelectuales falangistas también «liberales» para dos puestos decisivos: Antonio Tovar, rector de la Universidad de Salamanca, y Pedro Laín Entralgo, rector de la Universidad de Madrid (que aún no se llamaba «Complutense»). El tercero fue un intento de modificar la condición de las «tres marías» (Formación Religiosa, Formación Política y Formación Física) durante la primera reunión de rectores de universidad en el curso 1951-52. La osadía de estos tres gestos le valió a Ruiz-Giménez, casi de inmediato, la creciente hostilidad «interior» de las fuerzas más reaccionarias del Régimen, sobre todo las de la Iglesia (Gracia y Ruiz Carnicer, 218). Los capítulos que siguen trazarán el desarrollo final y últimas consecuencias del proyecto de apertura que propugnaba el nuevo ministro de Educación, así como la atmósfera cultural y social en la que se produjo.

De 1952 se recuerda sobre todo el Congreso Eucarístico Internacional que se celebró en Barcelona del 27 de mayo al 1 de junio. Constituyó «la mayor concentración de católicos de todos los tiempos» y «el apoyo definitivo del Vaticano a la dictadura de Franco». El ministro Ruiz-Giménez había tenido un papel destacado en los preparativos del Congreso, el primero que se celebraba en el mundo después de la guerra mundial. El P. Llanos fue uno de sus directores espirituales más destacados. Un joven y descreído universitario, Jaime Gil de Biedma, que cumplía el servicio militar en Orense, formó parte de los desfiles oficiales del Congreso en uniforme de alférez (Dalmau, 49). Pero 1952 es también el año en que se suprimieron las cartillas de racionamiento (mayo). Y es el año en que, según la biografía de Soledad Fox (117), Jorge Semprún llegó por primera vez a Madrid, enviado

---

2 Ruiz-Giménez toma así partido en un persistente debate que había comenzado en 1949, con la publicación de *España como problema*, del liberal Pedro Laín Entralgo, y *España sin problema*, del opusdeísta Rafael Calvo Serer. El debate se recrudecería en 1955, como se expone en el capítulo II. Con la oposición entre Laín y Calvo Serer «quedaba clara y pública la división entre orteganismo y menendezpelayismo [...]. La disputa ideológica, en gran medida virtual, tautológica y muy confusa, se traducía en una lucha política sobre qué grupo iba a influir en el futuro del régimen» (Gracia y Ruiz Carnicer, 227; Alonso de los Ríos, 40). En palabras de Antonio Fontán, periodista y opusdeísta de la época, Ruiz-Giménez y su equipo «propugnaban una política de “puente” o de “mano tendida” hacia la izquierda intelectual española» (Fontán, en Burillo, 44).

desde París por el PCE para explorar la posibilidad de crear una célula comunista en la universidad. En su diario del 15 de septiembre de 1952, Aranguren podía ya escribir: «Las palabras del intelectual son juzgadas siempre por un tribunal incorruptible e inexorable: el de los jóvenes. (Naturalmente no todos ni mucho menos. Pero sí los suficientes para que, por ellos, pudiese salvarse una ciudad bíblicamente condenada)» (*Catolicismo*, 195).

El año 1953 fue más rico en acontecimientos decisivos. Las historias destacan por encima de todo la firma de dos concordatos. Uno, con la Santa Sede el 27 de agosto, permitía a Franco participar en el nombramiento de los obispos (a cambio de correr con los gastos de la Iglesia). Otro, con los Estados Unidos el 26 de octubre, permitía a los americanos construir cuatro bases militares en España e involucraba al país en la guerra fría (a cambio de ayudas económicas y militares relativamente cuantiosas). Es curioso que también en 1953 la empresa Cobega de Barcelona introdujera en el mercado la primera Coca-Cola embotellada en España (Soto Viñola, 339). La historia tampoco ha olvidado que en 1953 España entró en la UNESCO (30 de enero) y el PCE declaró el fin de la resistencia armada contra el Régimen de Franco.

En los ámbitos universitarios otros acontecimientos de menos renombre histórico acompañaron o marcaron de forma específica el desarrollo de la disidencia juvenil en 1953. En primer lugar, ya en febrero, el ministerio Ruiz-Giménez pidió que se analizara en profundidad la situación de la universidad y los universitarios. El 6 de marzo se convocó una reunión de autoridades universitarias para el mes siguiente y, por fin, entre el 11 y el 16 de julio se celebró la Asamblea de Universidades (poco más que una reunión de rectores) en la que, escriben Gracia y Ruiz Carnicer (221-223), se puso de manifiesto «el miserable estado de la Universidad española»: el Régimen había creado un vacío cultural que los estudiantes se apresuraron a llenar con elementos de fuera (el existencialismo de Sartre en primer término, como se examinará en el capítulo III).<sup>3</sup> El 9 de mayo Ortega y Gasset cumplió setenta años y se jubiló oficialmente de una

---

3 Según Antonio Fontán, la reunión de rectores se concibió como un «examen de conciencia» (Fontán, en Burillo, 47), pero sus conclusiones afectaron apenas a ciertos detalles burocráticos de la gestión de la Universidad: se enumeran en el artículo de Jordana Pozas incluido también en la antología de Burillo.

Universidad que no había vuelto a pisar desde el comienzo de la guerra. El homenaje que quiso celebrar ese cumpleaños solo sirvió de ensayo para un debate que dominaría dos años más tarde los innumerables comentarios suscitados por su muerte: ¿cuál era la relación de Ortega con Dios?

En la versión de Lizcano (88-89), «la vida política no empezó a renacer en la Universidad hasta el final del 53». El acontecimiento inaugural tuvo lugar en la Facultad de Derecho —que todavía estaba en San Bernardo— «con motivo de las elecciones para nombrar delegado del SEU [Sindicato Español Universitario] en cuarto curso». Pablo Castellano (104) sitúa el episodio ya en 1954 y lo describe así: «La estudiantil fuerza de choque asaltó en octubre del 54 el local del SEU en la Facultad de Derecho de Madrid, a un tiro de piedra de la Gran Vía. Al día siguiente, la facultad estaba tomada policialmente, por los centuriones falangistas, la Guardia de Franco y hasta veteranos excombatientes cargados de canas y medallas». La disidencia universitaria volverá una y otra vez a ese mismo escenario con parecidos motivos durante los tres años siguientes. Los promotores iniciales de la disidencia fueron Enrique Múgica, que se había incorporado en septiembre a la facultad de Madrid para completar una carrera de Derecho comenzada en San Sebastián, y Jorge Semprún, que el año 53 se embarcó oficialmente en la tarea de crear una célula del PCE en la Universidad de Madrid y para ello conectó enseguida con Múgica.

Al mismo tiempo, tuvieron lugar en 1953 una serie de señalados acontecimientos culturales que representaban otros tantos empeños de apertura y cambio. José María Gironella publicó *Los cipreses creen en Dios* con la intención de ilustrar a una masa de lectores demasiado jóvenes para recordar las causas inmediatas de la Guerra Civil. El Régimen se lo agradeció con el Premio Nacional de Narrativa. Los jóvenes, sin embargo, buscaban ya otros derroteros literarios. Claudio Rodríguez, de 19 años, fue uno de los pioneros con su libro *Don de la ebriedad*, Premio Adonáis de Poesía en 1953. Aquel verano se celebró en la Universidad de Verano de Santander un tumultuoso cursillo (otros lo llaman «congreso») sobre el arte abstracto, con una incompleta pero significativa exposición. Más que nada, 1953 es el año de *¡Bienvenido, Mr. Marshall!*, la película de Berlanga y Bardem que ganó en Cannes dos premios mayores y abrió un pequeño espacio para el cine español en las salas europeas. Y el 21 de septiembre se inauguró el primer Festival de Cine de San Sebastián.

En 1954 se produjo un escándalo cuya trascendencia casi nadie supo ver en aquel momento. La reina de Inglaterra decidió hacer una visita oficial a Gibraltar los días 10 y 11 de mayo. El SEU intentó aprovechar la oportunidad para recuperar algo de su viejo poder falangista y al mismo tiempo agrupar a los universitarios de todas las tendencias políticas: convocó una manifestación masiva que, al grito de «Gibraltar español», se dirigió a la Embajada de Inglaterra. En principio, la manifestación fue autorizada, si no incitada, por el Gobierno. Pero el embajador inglés, amedrentado por la amenaza, apeló a las altas jerarquías del Régimen, y en el momento en que los manifestantes se acercaban a la Embajada, los policías que debían protegerlos se volvieron contra ellos y los dispersaron violentamente: «Las autoridades jaleaban la manifestación y, al mismo tiempo, la reprimían. ¡Pandilla de hipócritas! ¡Tirar la piedra y esconder la mano! [...]. La manifestación iba a convertirse en sublevación». Las piedras que los estudiantes llevaban en los bolsillos para romper los cristales de la Embajada las lanzaron contra los policías y sus caballos (Sánchez Dragó, 87). Muchos de los estudiantes que huyeron de la refriega se refugiaron en la facultad de San Bernardo. La policía rodeó el viejo caserón. Las diligencias del ministro Ruiz-Giménez y del rector Laín consiguieron al fin que la policía abandonara el cerco y los universitarios se fueran a sus casas.

Solo a toro pasado se dieron cuenta algunos de la magnitud de lo que había ocurrido. Laín anotó en sus memorias (405 y 420): «fue significativo y oportuno el no escuchado aldabonazo de 1954»; era «prueba fehaciente de que la inquietud política de nuestros estudiantes comenzó antes de lo que suele decirse». Lizcano (48) resumió así las consecuencias del acontecimiento: «Nunca más el SEU volvió a convocar una manifestación semejante. Pero el daño que había sufrido era irreparable. Entre los estudiantes empezó a extenderse una aversión general contra el SEU y, lo que era más importante, un incipiente y generalizado antifranquismo». Para Sánchez Dragó —y sin duda para muchos de sus jóvenes compañeros— fue el comienzo de una *vita nuova* (89): «la universidad, a partir de aquel zafarrancho, entró en una fase de efervescencia de la que ya nunca saldría, al menos mientras yo anduve por allí» (95). También Elorriaga, en sus memorias (21-26), lo convierte en el punto de inflexión de la disidencia universitaria. En cambio, para Gracia y Ruiz Carnicer, «a partir de 1954 se puede decir que el proyecto [de apertura de Ruiz-Giménez y su equipo] había fracasado» (213).

Entretanto, Jorge Semprún, cuyo *nom de guerre* era ya Federico Sánchez, había logrado «seducir» a un pequeño grupo de universitarios: Fernando Sánchez Dragó, Enrique Múgica, Julián Marcos, Javier Pradera, Julio Diamante, Emilio Sanz Hurtado, Alberto Sarner, Ramón Tamames, Jaime Maestro, Manolo Moya, Ángel González, Pepe Esteban y Javier Muñerza (Fox, 149). Serían los artífices de todos los proyectos, manifestaciones, manifiestos y revueltas de la juventud que, a lo largo de 1955, condujeron a la catástrofe de febrero del 56. Para ayudar a Semprún en el reclutamiento de militantes, Enrique Múgica había proyectado y llevado a cabo con gran éxito (y con la protección del rector, que desconocía sus verdaderos propósitos) unos *Encuentros entre la Poesía y la Universidad*: «se trataba de llevar a las aulas de la Universidad a distintos poetas de marcado carácter social, con el fin de que, tras una lectura de sus poemas, pudiera abrirse un coloquio, lo que entonces constituía toda una innovación en Madrid» (Lizcano, 113). A finales de 1954, quizá antes (Fernández-Montesinos, 20), Múgica concibió algo mucho más ambicioso que enseguida despertó grandes expectativas: el llamado *Congreso Universitario de Escritores Jóvenes* (cuya gestión y fracaso ha documentado Aznar Soler de forma exhaustiva). Después de muchos preparativos, convocatorias y postergaciones a lo largo de 1955, el *Congreso* fue definitivamente prohibido por unas autoridades que, por fin, se habían percatado de lo que ocurría en la Universidad. El estado de la literatura y su relación con la disidencia juvenil se describe en el último capítulo de este libro.

Otras señales más o menos evidentes de apertura y modernización acompañaron y favorecieron el desarrollo de aquellos acontecimientos. Se multiplicaron los viajes, hacia el extranjero y desde el extranjero, con un impacto considerable en la conciencia juvenil de disidencia y cambio. Durante el año 1954 entraron en España 1 337 192 extranjeros, se expidieron 274 681 pasaportes españoles y 1259 autorizaciones para repatriados (*YA*, 2-I-55).<sup>4</sup> En agosto del 54 comenzó la lenta y millonaria construcción de las bases militares (Whitaker, 64). Con las bases se instalaron en España unos americanos de clase media que exhibían un desconocido y envidiable

---

<sup>4</sup> Según Matthews (119), entre 1950 y 1955 el número de turistas creció de 750 000 a 2 500 000. Según Rosendorf (16 y 23), en 1956 entraron en España dos millones y medio de turistas, de los cuales 250 000 procedían de los Estados Unidos.

nivel de vida (Wright, 210). Mientras tanto, un número creciente de estrellas de Hollywood —no solo Ava Gardner y Orson Welles— visitaba España con regularidad para filmar o presentar sus películas.

Dos noticias de 1955 recibieron especial atención en la prensa (y en los futuros libros de historia). Las dos anunciaban, con uno u otro sentido, la culminación de dos largos recorridos. Uno fue la entrada de España en la ONU el 14 de diciembre, después de complejas negociaciones entre los Estados Unidos y la Unión Soviética. Franco y su Régimen —entendieron los comentaristas— alcanzaban así la plena integración en la política internacional; más aún, se había conseguido, decían, sin que el Caudillo tuviera que hacer mayores concesiones o rectificaciones en su política. Al mismo tiempo, Franco ganaba aquel año otra baza importante: contra los deseos y las expectativas de Falange, ratificó que a su muerte la Monarquía, representada por el príncipe Juan Carlos, tomaría las riendas del poder. De hecho, después también de largas negociaciones con don Juan de Borbón, Franco ya había conseguido que el príncipe Juan Carlos cursara en España, entre 1948 y 1954, un bachillerato especialmente diseñado para él. En 1955 el príncipe ingresó en la Academia Militar de Zaragoza. Su jura de bandera tuvo lugar el 15 de diciembre, el mismo día que una prensa delirante anunciaba con grandes titulares la entrada de España en la ONU.

El otro suceso que acaparó durante semanas páginas y más páginas de toda la prensa fue de signo exactamente contrario: la muerte de José Ortega y Gasset el 18 de octubre de 1955. También en esta ocasión las autoridades tardaron en darse cuenta de la trascendencia del acontecimiento. Más tarde los historiadores habrían de reconocer que, sin lugar a dudas, la muerte de Ortega fue para la juventud española «el acta de nacimiento de una nueva conciencia generacional» (Abellán, 265) y el principio de una abierta oposición universitaria al Régimen. Su efecto fue inmediato: desde el 21 de octubre del 55 hasta el cierre de la Universidad el 10 de febrero del 56, la muerte de Ortega desencadenó toda una serie de polémicas, manifestaciones y manifiestos, la mayoría concebidos por «la célula comunista de Múgica» (Lizcano, 119). Entre tanto, las generaciones mayores se enzarzaban en inagotables debates sobre la ortodoxia religiosa de Ortega y los valores y defectos de su obra, sobre todo comparados con los de Menéndez Pelayo. De todo ello se ocupará el capítulo II de este libro.

En 1955 la disidencia de la juventud se puso también de manifiesto en otros dos eventos culturales de extraordinaria resonancia. El primero tuvo lugar en la tercera semana de mayo y se conoce como *Las Conversaciones Cinematográficas* de Salamanca. Las organizó un grupo de universitarios cuya cabeza más visible era Basilio Martín Patino. Las *Conversaciones* se convirtieron, *velis nolis*, en una declaración de borrón y cuenta nueva para el cine español. Durante la semana de las *Conversaciones* se estrenó en Salamanca, antes de pasar censura, una de las dos películas que definieron el año: *Muerte de un ciclista*, de J. A. Bardem. La otra, *Marcelino Pan y Vino*, de Ladislao Vajda, quedó sin más soslayada en las *Conversaciones*. Las dos habían recibido premios menores en Cannes y ensancharían en el extranjero el espacio abierto para el cine español por *¡Bienvenido, Mr. Marshall!* El mundo tan intenso y extenso del cine y de la crítica de cine que las *Conversaciones* llamaron a juicio será el objeto del capítulo vi.

El segundo evento, la III Bienal Hispanoamericana de Arte, se extendió durante los tres meses de otoño en Barcelona. Lo había gestionado el Régimen, a través del Instituto de Cultura Hispánica, como una forma de sustentar y exhibir una nueva (o renovada) noción de Imperio. Era una maniobra presuntamente cultural o espiritual, pero con designios políticos y económicos de la vieja metrópoli sobre sus antiguas colonias. El capítulo iv pondrá de manifiesto que la Bienal no solo dejó al descubierto las deficiencias culturales del Régimen, sino que sirvió de palestra a uno de los enfrentamientos más agudos entre la juventud y las generaciones mayores: el que oponía el arte abstracto al realismo tradicional. La arquitectura, tanto dentro como fuera de la Bienal, fue también aquel año objeto de un encendido debate entre modernos y tradicionales en múltiples órdenes de cosas: el estético, el social, el político. Puede decirse que el debate entre arquitectos conoció su episodio más representativo en la inauguración de la nueva Embajada americana en Madrid. La historia de ese debate y sus características se recoge en el capítulo v.

Es de notar que en 1955 ganó la cátedra de Ética en la Universidad de Madrid José Luis L. Aranguren, uno de los intelectuales que se habían destacado desde el primer momento por su apoyo a la disidencia de los jóvenes universitarios y por su análisis de esa disidencia. El nuevo catedrático se distinguía en ese momento por una forma de militancia católica conocida como «autocrítica» que la Iglesia tradicional no veía con buenos

ojos (y así lo dejó saber en sus duras críticas al libro que Aranguren publicó ese año: *Catolicismo día tras día*). Uno de los instrumentos de la militancia «autocrítica» fueron las *Conversaciones de Gredos*, que en 1955 mostraron su liberalismo convocando no solo a creyentes como Aranguren, sino también a agnósticos como José María Castellet y Dámaso Alonso.<sup>5</sup>

La Iglesia, sobre todo desde el concordato del 53, no solo tenía un peso decisivo en la política del país y en la educación de las élites, sino que sus jerarquías y autoridades intervenían con implacable rigorismo en todos los debates de la vida cultural, mientras trataban de impedir o paliar las disidencias y divisiones que la amenazaban desde dentro. Por ejemplo, 1955 es también el año de la crisis de conciencia que llevó al P. Llanos, SJ, desde la militancia en la Falange y el catolicismo tradicional —fue capellán de centurias del Frente de Juventudes y había dirigido los ejercicios espirituales del propio Franco en 1954— hasta un incipiente socialismo muy atento a los problemas de la juventud y a las necesidades de los pobres. (En el Pozo del Tío Raimundo, donde se instaló el P. Llanos, se amontonaban algunas de las 50 000 chabolas que cercaban entonces Madrid con un cinturón de miseria [Laviana, 27]). Un estudio del jesuita Álvarez Bolado (35 y 97) señala como causa mayor de estas «crisis» internas de la Iglesia española durante los años 50 «la confusión entre los niveles religioso, ético y político» y, como declara el título de uno de sus capítulos, «la antimodernidad de la teología política del nacionalcatolicismo». En este libro no dedico un capítulo específico al papel de la religión y de la Iglesia en la disidencia de la juventud porque me vi obligado a registrar en todos y cada uno de los capítulos sus inevitables, profundas y decisivas formas de intervención.

En 1956, ya desde el mes de enero, las fuerzas más conservadoras del país se volcaron en una prolija celebración del centenario de Marcelino Menéndez Pelayo. Lo venían preparando con gran cuidado desde hacía

---

5 «Las Conversaciones Católicas de Gredos [fueron] promovidas por algunos católicos liberales que querían oír la voz de algunos agnósticos, como yo mismo, y tal vez también la de Dámaso Alonso, que a la hora de la verdad no acabó de manifestarse como agnóstico». En *Gredos* se reunían católicos como Ruiz-Giménez, Vivanco, Rosales, Laín, Aranguren, Marías, Ridruejo... (Castellet, *Seductores*, 175 y 178). Para Alonso de los Ríos (95), las *Conversaciones Católicas de Gredos* eran uno de los espacios donde cundían «tentaciones de disidencia».

más de un año. Su objetivo primordial —entronizar al prolífico erudito y convertirlo en el mentor intelectual de la juventud— estuvo muy lejos de alcanzarse. Aquel mes de enero, los estudiantes —al menos los que encabezaban la disidencia universitaria, con la ayuda de Dionisio Ridruejo— no parecen haber prestado ninguna atención al centenario. Estaban muy ocupados en la elaboración de un manifiesto donde se exigía un Congreso Nacional de Estudiantes capaz de derrotar al SEU y poner de una vez sobre el tapete los problemas de la Universidad y sus posibles soluciones. La redacción final del manifiesto la llevaron a cabo los días 29 y 31 de enero en el club Tiempo Nuevo, hasta que su director, Gaspar Gómez de la Serna —otro falangista en crisis, pero incapaz de simpatizar con la inquietud de los universitarios— cayó en la cuenta de lo que fraguaban y los expulsó con cajas destempladas.

El miércoles 1 de febrero «se paralizaron las clases en todas las facultades para dar lectura pública al documento» (Lizcano, 123-131). Las reacciones se precipitaron durante la semana siguiente. El martes 7, «el SEU entró en la Facultad de Derecho y suspendió las elecciones a delegados». En la reyerta que se produjo, un estudiante arrancó una flecha del escudo de Falange que presidía la gran escalinata; los falangistas lo consideraron una provocación. El miércoles 8 se presentaron en la Facultad los falangistas universitarios de la temida Centuria 20 con algunos miembros no universitarios de la Guardia de Franco. Del nuevo altercado entre falangistas y estudiantes resultó el destrozo o la quema del mobiliario, ficheros y otros enseres de los despachos del SEU. El jueves 9 se produjo cerca de San Bernardo un enfrentamiento callejero entre los falangistas que celebraban el Día del Estudiante Caído y un grupo de universitarios que acababan de salir de la Facultad de Derecho. Una pistola falangista que se disparó por azar (como se supo mucho más tarde) dejó herido de gravedad a un joven de 16 años, miembro de las Falanges Juveniles de Franco. La prensa echó la culpa a los universitarios rebeldes y acusó al Partido Comunista de haberlos incitado a la violencia. Dionisio Ridruejo, casi toda la célula de Múgica y algunos compañeros de viaje —todos fichados desde hacía meses por la policía— fueron detenidos y encarcelados esa misma noche. El viernes día 10 se suspendieron las clases, se cerró la Universidad y se declaró el estado de excepción. «Era el primer Estado de Excepción que se decretaba desde el fin de la guerra civil» (Elorriaga, 34). El día 16 tuvo lugar el cese del ministro Ruiz-Giménez. Laín fue cesado el 23 de marzo y Tovar el 21

de agosto. «Con estas destituciones el intento aperturista [iniciado en 1951] acababa con un rotundo fracaso» (Fernández-Montesinos, 22-23).

Las coordenadas de la situación política empezaron a variar de forma significativa a lo largo del 56. Por una parte, la Falange —tanto la liberal de Ruiz-Giménez y Laín como la conservadora de Fernández-Cuesta— perdía por momentos sus funciones y prerrogativas, sobre todo las que Fernández-Cuesta había logrado resucitar desde 1951 (Sanz Hoya, en *Del Arco Blanco y Hernández*, 167 y 180); ya en 1957 los falangistas serían sustituidos definitivamente por los opusdeístas en los ministerios más importantes. Por otra parte, en 1956 la Unión Soviética hizo público reconocimiento de los crímenes del estalinismo y puso en marcha un proceso que, unos años más tarde, dejaría desarbolados a los partidos comunistas tradicionales. Entre tanto, la disidencia de los jóvenes universitarios, heterogénea y plural (e incluso pluralista), no había hecho más que comenzar; el (presunto) fracaso de febrero, con la lista de encarcelados divulgada por toda la prensa, solo sirvió para fortalecerla y otorgarle la aureola que le faltaba: lo prueban las revueltas de estudiantes que comenzaron en la Universidad de Barcelona justamente durante el curso 1956-1957. «Tan trascendentes fueron aquellos acontecimientos [de febrero del 56] que supusieron el inicio de la pérdida irreversible de la universidad para Franco» (Carrillo-Linares, en *Del Arco Blanco y Hernández*, 319). En sus memorias (75), Elorriaga resume de este modo lo que representó febrero del 56 en la historia de la disidencia estudiantil: «Cuando nosotros fuimos detenidos, España parecía dividida por fronteras brumosas entre inmovilistas y aperturistas. Después de febrero del 56, el inmovilismo se había reducido y quedado fuera de programa hasta en las esferas oficiales. Se había marginado y “bunkerizado”. La nueva división sería entre reforma y ruptura. Con diversos matices, este sería, en adelante, el nuevo campo de juego».

# ÍNDICE

INTRODUCCIÓN .....	9
CAPÍTULO I	
LOS JÓVENES DESTEMPLADOS .....	23
1. El Régimen se preocupa de pronto por la juventud .....	23
2. Nociones sobre la «juventud» hacia 1955 .....	26
3. Juventud, inquietud y universidad en la España de los 50 ...	31
4. Noticias y debates sobre la disidencia universitaria: las voces doctrinarias.....	37
5. Noticias y debates sobre la disidencia universitaria: las voces discrepantes .....	41
6. Noticias y debates sobre la disidencia universitaria: la Iglesia...	51
7. Noticias y debates sobre la disidencia universitaria: campos de trabajo.....	57
8. El estado de la Universidad: los profesores .....	59
9. La juventud española y los modelos de la sociedad europea	61
10. Los viajes de formación e iniciación .....	66
11. USA, Europa, España: la sociedad de consumo y sus des- contentos .....	70

## CAPÍTULO II

LA MUERTE DEL MAESTRO .....	81
1. Los inmortales de 1955 .....	81
2. Claudel entre dos aguas .....	83
3. La deriva de D'Ors.....	91
4. Ortega: noticias y reportajes.....	107
5. La conjura de los creyentes.....	121
6. Lecciones (inútiles) de filosofía .....	131
7. Aureola de maestro .....	133
8. Ortega y Europa .....	137
9. Ortega, bandera (efímera) de la juventud .....	140
10. La autoridad de José Antonio.....	150
11. Las credenciales de Menéndez Pelayo.....	156

## CAPÍTULO III

LOS EXISTENCIALISMOS HACIA 1955: EL CASO DE <i>LES MANDARINS</i> .....	171
1. Siempre Francia .....	171
2. ¿Todavía el existencialismo? ¿Qué era el existencialismo?....	173
3. El existencialismo como ateísmo: Sartre versus Marcel .....	179
4. Discípulos de Ortega y otros liberales examinan el existencialismo .....	184
5. El existencialismo arrebató a la juventud universitaria.....	188
6. El periplo de <i>Le deuxième sexe</i> .....	193
7. <i>Les mandarins</i> en España, una carrera de obstáculos .....	195
8. España en <i>Les mandarins</i> (y en la vida de Beauvoir) .....	200
9. <i>Les mandarins</i> y los críticos literarios españoles .....	205

## CAPÍTULO IV

EL ARTE, LA JUVENTUD, EL IMPERIO. LA ÚLTIMA BIENAL.....	213
1. Nociones de «Imperio».....	213
2. Arte del <i>Imperio</i> y arte del <i>Empire</i> : el contubernio de Barcelona.....	216
3. El <i>Imperio</i> del arte.....	225
4. La juventud disidente del arte abstracto. Tàpies y Millares...	228

5. La juventud disidente del arte abstracto: Camón versus Tàpies.....	231
6. La juventud disidente del arte abstracto: Tàpies versus Togores.....	234
7. Los mercados y la doblez del Régimen .....	237
8. La <i>superioridad</i> de los artistas españoles .....	239
9. El culto (o el cultivo) de Guayasamín .....	243
10. La demolición del ídolo.....	248
11. Tàpies versus Guayasamín .....	252
CAPÍTULO V	
ARQUITECTURA Y DISIDENCIA.....	257
1. Arquitectos en la Bienal: España versus Estados Unidos.....	257
2. La (buena) arquitectura como necesidad perentoria .....	261
3. La arquitectura como una de las Bellas Artes.....	262
4. La <i>independencia</i> de los arquitectos: la transición de los años 40 a los 50 .....	264
5. Siempre los viajes .....	270
6. El <i>Manifiesto de la Alhambra</i> .....	273
7. Los debates: I. Gutiérrez Soto .....	275
8. Los debates: II. Luis Moya.....	278
9. Los debates: III. Coderch y Cabrero .....	282
10. Los debates: IV. Miguel Fisac.....	285
11. Los debates: V. La Embajada americana .....	290
CAPÍTULO VI	
EL MALESTAR EN LA CULTURA DEL CINE.....	301
1. <i>Conversaciones</i> sobre cine entre continuistas y disidentes ....	301
2. «Pasión por el cine» (Sarró) .....	304
3. Criticar al cine: el caso de Luis Lucía y Juan de Orduña ....	312
4. Realismo y neorrealismo .....	318
5. <i>Muerte de un ciclista</i> .....	329
6. <i>Marcelino Pan y Vino</i> versus <i>Muerte de un ciclista</i> .....	332
7. <i>Muerte de un ciclista</i> en el denso laberinto de las reseñas ....	335
8. El problema de los espectadores de cine .....	350
9. <i>Marcelino Pan y Vino</i> : las formas secretas de la disidencia...	352

## CAPÍTULO VII

LITERATURAS.....	371
La novela .....	371
1. La juventud y la (in)cultura literaria.....	371
2. Prerrogativas de la novela.....	378
3. El realismo y sus descontentos .....	380
4. Escalafón de la novela realista .....	387
5. Camilo José Cela versus Miguel Delibes.....	389
6. Las jóvenes promesas: I. Ana María Matute .....	402
7. Las jóvenes promesas: II. Ignacio Aldecoa y Jesús Fernández Santos.....	404
8. Las jóvenes promesas: III. Juan Goytisolo y Mario Lacruz ..	408
9. El fenómeno Ferlosio .....	413
10. La Iglesia y la novela .....	418
11. <i>Literatura del siglo XX y cristianismo</i> .....	428
12. <i>Bestsellers</i> y libros de quiosco .....	430
13. Los singulares casos del capitán Palacios y del parlamentario Martín Artajo.....	437
El teatro .....	445
1. La crisis: culpables y redentores. Buero, Sastre, Mihura ....	445
2. Los TEU y el teatro extranjero: Becket, Camus, Pirandello..	455
3. <i>La muralla, La ferida lluminosa</i> .....	460
4. El Congreso de Teatro Católico de Zaragoza .....	467
La poesía.....	471
1. Una poesía sin «crisis» aparente.....	471
2. El peso de los precursores: la generación del 98, la del 14, la del 27 .....	474
3. La autoridad inmediata de Vicente Aleixandre y Dámaso Alonso .....	478
4. Las atribuladas luminarias de Gabriel Celaya y Blas de Otero	482
5. Las jóvenes promesas: Valente y Goytisolo .....	485
6. Los poetas menores (según Barral y Gil de Biedma) .....	487
7. Todavía otra disidencia, quizá la más notable (en la literatura)	489
AGRADECIMIENTOS.....	495
OBRAS CITADAS.....	497

*Este libro se terminó de imprimir  
en los talleres del Servicio de Publicaciones  
de la Universidad de Zaragoza  
en febrero de 2023*



EN 1951 COMENZÓ EN LA POSGUERRA ESPAÑOLA UN vacilante proceso de apertura política y cultural. Poco a poco, el proceso llegó a generar una rebeldía incontenible cuando, al amparo de aquella apertura, los jóvenes universitarios que no habían conocido la guerra descubrieron una Europa próspera y libre, y decidieron denunciar los imperativos del Régimen y de la Iglesia que los mantenían al margen. Hacia 1955, esa juventud exasperada ejercía ya múltiples formas de disidencia en todos los frentes culturales: arte, cine, literatura, arquitectura, filosofía. Este libro rastrea en la prensa del día y en memorias y documentos una imagen matizada de la disidencia de los jóvenes y sus circunstancias.



**LUIS FERNÁNDEZ CIFUENTES**

se licenció en la Universidad Complutense, se doctoró en Princeton University y es profesor emérito de Harvard University. Entre sus libros se encuentran *Teoría y mercado de la novela en España* (Gredos) y *García Lorca en el teatro: la norma y la diferencia* (PUZ). Ha editado y coeditado varios conjuntos de ensayos, el último *Spain beyond Spain*, con Brad Epps. Su edición crítica de *Las buenas intenciones* y *La calle de Valverde* (Max Aub) apareció en 2008 y su edición crítica de *Don Juan Tenorio* (Zorrilla), en 2012. Ha publicado más de 75 artículos sobre diferentes temas de las culturas española e hispanoamericana (siglos XVIII-XX) y ha reseñado más de 40 libros.